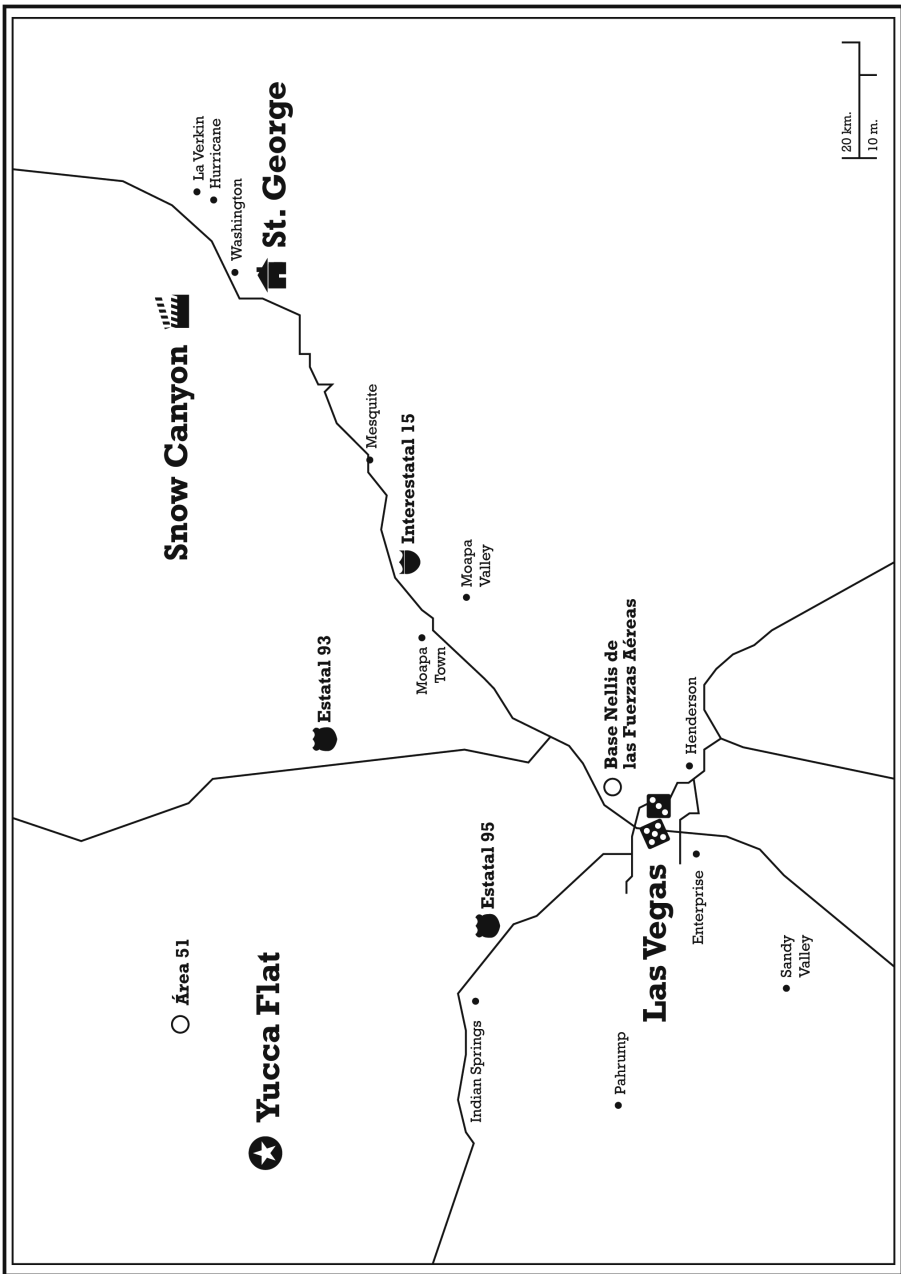


JAVIER MÁRQUEZ SÁNCHEZ

✦ Letal como un solo
de Charlie Parker

ED | DE
SALTO | PÁGINA

✦ Letal como un solo
de Charlie Parker



Snow Canyon

- La Verkin
- Hurricane
- Washington

St. George

Estatal 93

Mesquite

Interstatal 15

Moapa
Town

Moapa
Valley

Estatal 95

Indian Springs

Base Nellis de
las Fuerzas Aéreas

Las Vegas

• Pahrump

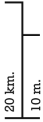
Enterprise

• Henderson

• Sandy
Valley

○ Área 51

Yucca Flat



*Para Adrián Gómez, alias Padrino,
Carlos Martín, alias Charly Pistolas,
y Sergio Vera, alias Mediometro;
«por las mujeres de piernas bien torneadas».*

Esta ronda es a vuestra salud, compadres.

La Mafia y la CIA somos las dos caras de una misma moneda. Estamos en el mismo bando, trabajamos por las mismas cosas; simplemente parecemos distintos. Nuestro gobierno nos necesita. Algún día seremos socios en todo.

SAM MOMO GIANCANA, uno de los doce capos de la *Cosa Nostra*, hacia 1956.

¡Canta más bajo, Sammy! Hay dos gangsters intentando dormir en esa esquina.

DEAN MARTIN, en el Villa Venice, el local de Sam Giancana, 1962.

Un mal día para morir

Aquellas piernas no se merecían estar en un cementerio. Eran largas y bien torneadas, con las curvas justas para perderse en ellas, sin llegar a marearse, más allá de donde alcanzaba la vista. Eran unas piernas sugerentes, pero tan elegantes que no se permitían ser provocativas. Tan apropiadas en aquel lugar como una furcia en una boda.

Un auténtico desperdicio.

La chica, en cualquier caso, no parecía tener mucha relación con la familia del difunto. Se limitaba a estar allí, junto a los asistentes al sepelio. No los acompañaba, más bien escrutaba a unos y otros sin disimular demasiado su actitud.

No era difícil distinguir a los compañeros del fallecido de sus familiares. Éstos eran pocos, vestidos de oscuro, y guardaban un respetuoso silencio. Parecían fuera de lugar entre esos compañeros, los carcamales con camisas estampadas y colores indiscretos, que llegaban casi siempre en grupo y no dejaban de cuchichear entre ellos, supongo que preguntándose cómo de nutrido sería el aperitivo posterior. No podían ocultar que eran veteranos del viejo Hollywood. Tal vez alguno había conocido al difunto, o incluso trabajó con él, aunque probablemente la

mayoría había acudido al entierro tras ver el breve obituario en las páginas de *Variety*.

Era una fauna especial la de esa gente. Se resistían a admitir que los buenos tiempos eran ya los viejos tiempos, y se esmeraban por encontrar en cualquier parte a compañeros de generación con los que evocar anécdotas que probablemente ninguno protagonizó en realidad. Pero así fue siempre Hollywood, carne de leyenda.

No, aquella chica no tenía desde luego aspecto de pertenecer al círculo habitual de Lingwood G. Dunn. Como director de efectos visuales podía haber aportado su talento a obras como *Ciudadano Kane*, *West Side Story* o *2001. Una odisea del espacio*, según decía su necrológica, pero no dejaba de ser un técnico desconocido para la mayoría. Un desconocido que había escogido el día menos propicio para comprar su billete sin retorno.

No sé si tuvo mucha suerte en vida, pero está claro que la muerte le jugó una mala pasada. Había fallecido de cáncer la mañana anterior, quince de mayo de 1998, y no le quedó más remedio que aceptar su entierro ese día, justamente la jornada más llorada en el mundo del espectáculo de todo el siglo XX. Porque aquel dieciséis de mayo falleció Frank Sinatra.

Por eso me sorprendía la presencia allí de aquella chica. Por su forma de mirar, de moverse, de actuar, estaba claro que se trataba de una periodista. Había conocido a más de una. Y aquel día la gran noticia estaba en otra parte.

En otro momento me hubiese acercado para averiguar qué hacía allí, la mujer lo merecía, pero estaba trabajando y debía estar preparado para actuar en cualquier momento. A los setenta y tantos no conviene que le pillen a uno desprevenido.

Así que devolví mi atención al otro lado de la calle. El sedán verde seguía aparcado delante del bar. Empezaba a cansarme de estar sentado en mi viejo Volvo y tenía sed. Crucé entre el tráfico, me agaché junto al coche de mi objetivo y fingí que me colocaba bien los bajos del pantalón. Después entré en el bar.

Era temprano, pero había más gente bebiendo cerveza que café. Me senté en la barra y pedí uno bien cargado y unas rosquillas. A través del espejo que tenía frente a mí, tras las botellas, podía controlar todo lo que ocurría en el local. En una mesa, al fondo, seguía mi hombre con la misma ansiedad contenida con la que lo había dejado unos minutos atrás. Benjamin O'Connors era su nombre, un veinteañero de buena familia, buena educación y malas compañías. Vestía una cazadora roja, ideal para lo último que debería pretender: llamar la atención.

Le di un sorbo a mi café y maldije tras quemarme la lengua. La paciencia no estaba entre mis virtudes. Mientras me aburría esperando, eché mano al plato de pistachos que había dejado casi intacto un individuo trajeado que acababa de marcharse. Llené mi mano y eché los frutos secos al bolsillo de mi chaqueta. El barman me lanzó una mirada reprobatoria. Para mi cacatúa, le dije. Era verdad. Tenía una cacatúa, dos peces y un gato demasiado vago como para intentar comerse a ninguno de sus compañeros de apartamento.

Entonces se abrió la puerta del bar y entró ella. Estaba a contraluz, pero aquellas piernas eran inconfundibles. Caminó con elegancia hasta el centro de la barra y se sentó. Echó a un lado su cabello y pensé que ya no se veían melenas como aquélla. Me recordaba a Veronica Lake en esas películas que aprendí a apreciar con el paso de los años; ella sí me gustó desde siempre. Pidió un café y sacó una libreta del bolso. No me había equivocado con su profesión.

Busqué en el espejo la cazadora roja y comprobé que Benjamin O'Connors seguía en el rincón, con los ojos clavados en la entrada. Así que cogí mi taza y me senté un par de taburetes más allá, junto a la joven.

—¿Le interesan las viejas glorias? —le pregunté.

Me miró y sonrió. Tenía demasiada experiencia en bares como para picar a la primera con un desconocido.

—Conocí a Lingwood en el 55 —dije—, cuando hizo aquella película con John Wayne.

—¿Es usted actor? —preguntó, sin levantar la cabeza de sus notas.

—No.

—¿Guionista?

—No.

Me miró.

—¿Compañero técnico?

Meneé la cabeza.

—Sólo lo conocí —dije.

—Mire, abuelo, si de verdad lo conoció tal vez pueda ayudarme —dijo con fastidio. Había tenido que hacer muchos trabajos a disgusto en mi vida como para no reconocer aquella actitud—. El hombre era amigo del redactor jefe de mi periódico y éste quiere publicar algo más que una simple nota sobre su muerte. Pero esa gente sólo me ha contado viejas batallas sin mucha chispa. Creo que la mayoría andan un poco... ya sabe.

—«Viejos» es la palabra —respondí—. Y no se preocupe, no me molesta que me haya llamado abuelo. No lo soy, aunque asumo que podría serlo.

—Ya. Verá, señor, hoy ha muerto el mayor artista del siglo XX —echó azúcar al café y comenzó a moverlo con la cucharilla— y a mí me tienen cubriendo el entierro de este hombre, que probablemente fue un compañero de juergas estupendo, pero, francamente, me trae un poco sin cuidado. —Dio un sorbo al café.— Así que quisiera liquidar este asunto cuanto antes, si no le importa.

Y subrayó su consternación con una mueca.

Volví a mi taza y permanecí en silencio durante un rato.

—Oiga, lo siento —dijo al cabo de unos minutos, poniéndome la mano en el antebrazo—. A veces me desespera que me encarguen cubrir noticias de relleno. Suelo ser algo problemática, ¿sabe? Y, de vez en cuando, me castigan de esta manera.

—No se preocupe —respondí.

Me regaló una bonita sonrisa.

—Y déjeme decirle que para ser un abuelo, como usted dice, no se conserva nada mal. Debe ser usted mayor que mi padre, pero parece tener mejor forma física que mi último novio.

—Cariño —le dije—, acabas de alegrarme el año.

Le guiñé un ojo y le di un suave pellizco en la mejilla. Licencias de la edad. Después, ambos volvimos a nuestros asuntos.

Sinceramente halagado, me dejé llevar por el reflejo de mi cara delgaducha y arrugada en el espejo, mi cabello color ceniza que, por suerte, aún conservaba en abundancia y estos ojos cada vez más hundidos.

Pensé en mí cuarenta años atrás y en aquella otra periodista que logró enamorarme. Volvió a sorprenderme lo terriblemente rápido que pasan los años. Era evidente que no me quedaba mucho tiempo y no me gustó pensar que me llevaría conmigo todo lo que sucedió entonces.

—Creo que tengo una buena historia para usted —dije sin desviar mi mirada del espejo.

Ella se volvió con cierta desesperación. No dejé que hablara.

—Es una historia que concierne a Lingwood Dunn de pasada, pero estoy seguro de que le interesará.

Me miró con ternura para entornar los ojos a continuación en actitud de disculpa.

—¿Lo dice en serio? No quiero ser grosera, señor, pero ya le he dicho que quisiera acabar esto cuanto antes —dijo señalando su libreta—. Así que si se trata de otra batalla de...

—Le aseguro que no habrá escuchado nunca una historia como ésta. Y deje de llamarme señor. Las mujeres bonitas me llaman Eddie.

—Muy bien, Eddie —respondió con una sonrisa más amable que coqueta—. En ese caso, si usted...

Realmente me moría de ganas por saber lo que iba a decirme, pero mi gesto brusco e inesperado la hizo callar al instante. Un destello de luz me alertó de que la puerta del bar se abría y supuse que podría tratarse del hombre que estaba esperando.

No sé si la chica siguió mirándome, extrañada ante mi repentina falta de amabilidad, o bien decidió mandarme al diablo y seguir a lo suyo. Tenía toda mi atención centrada en el tipo de pelo largo y abrigo de cuero negro que ahora recorría el bar a mi espalda sin quitarse sus gafas de sol. Caminaba con arrogancia, sin tener conciencia de su mediocridad. Cómo odié siempre a esa clase de sujetos.

Recorrió el trayecto desde la entrada hasta los aseos sin alterar el paso ni hacer ningún movimiento extraño, hasta que llegó a la última mesa, la de Benjamin O'Connors. Entonces, en un intento algo torpe por ser tan hábil como un mago, alargó la mano para coger un sobre que O'Connors se apresuró a colocar en el extremo de la tabla y lo ocultó a continuación en su bolsillo. Tan sutiles como el sermón de un sacerdote borracho. Después siguió su camino hacia los aseos.

No creo que nadie en el bar se diese cuenta de la operación y no porque hubiesen sido especialmente discretos. Sencillamente, les traía sin cuidado.

Le di unos segundos antes de levantarme.

—Vuelvo en un minuto —le dije a la chica, sin saber si me prestaba o no atención.

Mi amigo de la cazadora roja sí parecía ahora más nervioso. Miraba a su alrededor y no podía dejar quietas las piernas. Me miró, pero sólo pudo mantener el cruce un instante antes de clavar sus ojos en la cerveza que tenía delante. Supongo que volvería a observarme una vez que pasé junto a él.

Entré en el aseo de caballeros. Más limpio de lo que cabía esperar y más sucio de lo que sería deseable. Dos lavabos, cuatro urinarios y tres cubículos independientes. Dos estaban abiertos. Bajo el tercero asomaban las piernas del sujeto.

Miré en el resto y observé que todos tenían un par de rollos de papel higiénico sobre el sanitario.

Llamé en la puerta del tercero.

—¡Ocupado!

Volví a llamar.

—¡Ocupado, joder! ¡Vaya a otro!

—Joven, ¿tendría la bondad de pasarme un rollo de papel? Tengo una urgencia insalvable debido a una operación de...

—¡Mierda! —Sonó el cerrojo al descorrerlo.— No me cuente su vida.

El tipo abrió la puerta y sacó el brazo con un rollo en la mano.

—Tenga y que disfrute de la obra.

Era el momento de ser rápido y efectivo.

Con una mano empujé la puerta para abrirla un poco más mientras con la otra agarré la muñeca del melenudo y la atraje hacía mí, bloqueándolo entre la puerta y el marco.

—¡Qué coño hace! —gritó desde el otro lado.

Entonces, con tantas fuerzas como pude reunir, le golpeé el antebrazo con el borde de la hoja de madera una y otra vez.

Gritó y luchó, pero lo cogí tan desprevenido que no atinaba en sus movimientos. A continuación entré en aquel espacio tan estrecho.

Lo empujé hacia la pared del fondo y antes de que cayese, al tropezar con el váter, eché mano a su entrepierna. Apreté. Por fortuna llevaba la ropa puesta, así que la maniobra no resultó tan desagradable.

Gimió con angustia. Volví a apretar.

Empezó a soltar un nuevo gemido, pero lo corté de súbito al lanzar mi mano libre hacia su traquea para estampar su cabeza contra los azulejos. Solté esa mano y separé la cabeza de la pared, tratando de recuperar la respiración. Entonces lancé el primer directo a la nariz. La cabeza rebotó y los azulejos crujieron. Le dirigí un segundo golpe y la sangre me manchó los nudillos. También los azulejos blancos estaban ahora teñidos. Apreté más la otra mano y me pareció que algo crujía allá abajo. El tipo no tenía fuerzas para gemir.

Estaba listo para hablar.

Lo agarré del cuello de nuevo.

—Se acabó esta ganga, amigo —le dije—. A partir de ahora, si quieres dinero, te buscas un trabajo.

Solté la mano que tenía en su entrepierna para registrarle los bolsillos. La liberación le hizo cambiar la expresión y trató de retorcerse para aliviar el dolor. Localicé el sobre abultado, lleno de dinero, y otro más fino que contenía las fotos de rigor. Sólo las fotos.

Saqué una libreta y un lápiz.

—Ahora vas a apuntarme aquí la dirección donde puedo recoger los negativos.

Volví a agarrar sus testículos. Dio un respingo.

Escribió esos datos tan rápido como yo me olvidaba del nombre de mis nuevos amigos. Ni siquiera tuvo que mirar el papel. Por un momento pensé que iba a marearse.

Tal vez había apretado demasiado.

Reconozco que a veces me pasaba, pero si quería seguir bajando a mi edad más me valía tomar por sorpresa a esa clase de individuos y ganarles la mano, porque si les daba una oportunidad podría lamentarlo. No obstante, estaba claro que podía permitirme ese lujo porque estábamos en los noventa y los tipos duros ya no eran, ni de lejos, como los de antes.

Lo tomé de la barbilla y meneé su cabeza para que abriese los ojos y me mirase.

—Recuerda esto. Si un día entras en un bar, un hotel o una discoteca de este país, y te enteras de que Benjamin O'Connors está en esa misma ciudad, te subes a tu coche y no paras hasta haberte alejado al menos cien kilómetros. ¿Queda claro? De lo contrario, la próxima vez te prepararé con esto —presioné ligeramente la mano en su entrepierna— un adorno para que cuelgues del espejo retrovisor.

Creo que asintió, o pretendió hacerlo con las fuerzas que le restaban. No llegué a verlo, porque en ese momento la puerta del baño se abrió y la cabeza de Benjamín O'Connors asomó con expresión de desconcierto primero y miedo después.

—¡Mierda! —fue lo único que dijo antes de echar a correr.

Solté al tipo y traté de salir del cubículo tan rápido como me fue posible, que no fue demasiado. Era en esos momentos cuando pensaba que ya estaba viejo para ese trabajo.

—Cuídate, chaval —me despedí.

Tuve tiempo de ver antes de salir cómo el melenudo del abrigo de cuero se iba dejando caer sobre el váter con ambas manos en su entrepierna, mientras se encogía poco a poco buscando algo de alivio.

Cuando volví al bar, la puerta de la calle, al otro extremo del local, se estaba cerrando.

—¡Eh, abuelo! ¿Qué ha pasado ahí dentro? —gritó el camarero desde la barra.

—Nada, amigo —respondí—. Un tipo al que le han sentado mal unos huevos revueltos.

La periodista, aún en su taburete, se volvió para mirarme. Su sonrisa se borró cuando observó restos de sangre en mi mano.

Por un momento pensé que podía decirle algo, pero entonces sonó una pequeña explosión en la calle.

—Enseguida estoy con usted —comenté al pasar junto a ella.

La rueda trasera del sedán verde había reventado al caer sobre el taco de clavos que había preparado para evitar la huida del hijo de mi cliente. Rodeé el coche y abrí la portezuela.

Entre el sobresalto ante la escena del baño y el del reventón, O'Connors estaba al borde de un infarto.

—Respira, ya pasó todo.

—Me va a matar —sollozó.

—No, tranquilo, no voy a hacerte nada.

—¡Usted no, mi padre! —exclamó, molesto por mi torpeza—. Si ha mandado a alguien es porque ya lo sabe todo. Y, si lo sabe, me matará.

—Tranquilo, muchacho. Tu padre sólo sabe que ese amigo tuyo no era trigo limpio, y que te estaba sacando los cuartos aprovechando el buen nombre de la familia. Pero por lo poco que me contó creo que piensa que te estaba chantajeando para no hablarle a tu joven y bella esposa de alguna amante que

tendrías escondida por ahí. Lo que papá no sabe es que la amante era el amigo melenas.

—¡Por favor, por favor...!

Me incliné hacia el interior del coche, para poder zanjar el asunto de la manera más discreta posible en medio de aquella calle.

—Te he dicho que tranquilo. Toma —le entregué el sobre—, deshazte de estas fotos. Yo localizaré los negativos y podrás olvidarte del asunto.

—¿Puedo... Puedo confiar en usted?

—¿Quieres que comentemos las opciones que tienes?

Negó con la cabeza.

—Olvida el asunto —dije—. Te aseguro que no me interesan para nada los chismorreos de alta sociedad.

Saqué el sobre con el dinero que también le había requisado al melenas y desconté mi parte de los honorarios.

—Ten. Dile a tu padre que ya estoy pagado.

—Gracias.

—Y cuida mejor tus amistades, o lo que hagas con ellas.

—No es lo que usted piensa —sollozó.

—De eso puedes estar seguro —respondí al incorporarme—. Cuando te he visto a cuatro patas en plan caballo de tiro he intentado pensar en otra cosa.

Al cerrar la portezuela del coche vi que los clientes del bar se habían agolpado en la cristalera y la puerta de éste para observar la escena. Entre ellos se abrió paso el tipo del abrigo negro. Aguantaba un trozo ensangrentado de papel contra su nariz, y avanzaba a trompicones, con la cabeza en alto y las piernas ligeramente encogidas. Intentaron ayudarlo pero se libró de las manos samaritanas con tirones violentos.

A punto de girar la esquina se volvió hacia mí y me miró. Le guiñé un ojo y lo perdí de vista.

—¡Eh, amigos! —grité a los del bar mientras me encaminaba de nuevo hacia el interior—. Este hombre ha tenido un reventón, ¿podrían echarle una mano para cambiar la rueda?

—Sí, claro —dijeron un par de clientes con buen ánimo.

—Yo lo haría —comenté cuando pasaron junto a mí—, pero estoy demasiado viejo.

Volví a mi taburete en la barra y el barman regresó a su lugar al otro lado.

—¿Una cerveza?

Hacía algún tiempo que ya no tenía que pensar antes de responder a esa pregunta.

—No. Otro café, por favor.

Me giré hacia la chica, que volvía a tomar asiento despacio, con el entrecejo fruncido. Supongo que intentaba adivinar qué clase de jubilado montaba ese tipo de escenas.

—¿Va a explicarme qué ha pasado? —dijo al sentarse.

—Creo que no.

—¿No?

—No —reiteré, pero fue un no tan amable como pude enunciar.

—Antes dijo que quería contarme una historia y ahora no habla.

—La de antes era otra historia.

—Pensé que era el tipo de hombre al que le gusta contar anécdotas.

—Soy más bien del tipo que las vive.

Pensó un momento y ladeó la cabeza para echar todo su pelo a un lado. Tal vez le molestaba, pero creo que sólo empleaba sus armas de mujer para poner nervioso a un viejo.

Se acercó a mí para poder susurrarme.

—¿Quiénes eran esos jóvenes?

—Gente con demasiado tiempo libre.

Comprendió que no iba a sacar nada de mí. Se resignó, aunque seguía sintiendo curiosidad.

De pronto vi un destello en su mirada que me hizo recuperar un viejo cosquilleo. Por primera vez no me miraba con la condescendencia con que las mujeres jóvenes suelen dirigirse a los hombres mayores. A lo largo de mi vida me habían mirado

demasiadas mujeres con verdadero interés como para no reconocer esa chispa una vez más.

—¿Quién es usted, Eddie?

—Ése mismo, Eddie. Usted lo ha dicho, preciosa. Y siento mucho haber tenido que interrumpir nuestra conversación de antes. —Ahora fui yo el que se acercó a ella.— Si no recuerdo mal, iba a decirme algo que seguro sería apasionante.

—¿Yo? —respondió, haciéndose la interesante—. Déjeme recordar. Si no me equivoco, iba a decirle que, si era verdad que podía contarme una buena historia para mi artículo, le invitaría a almorzar.

—Cariño, cuando te cuente esa historia vas a querer invitarme a tu cama.